

## La violencia en la Revolución Francesa

Sergio Andrés Giraldo Galeano



Jacques Bertaux, *Toma del palacio de las Tullerías*, óleo sobre lienzo, 124x192cm, 1793, Museo Nacional del Castillo de Versalles.

*Para Amanda,*

*Ana María y*

*Laura Cristina*

*Estos sucesos excepcionales llenan siempre de asombro y parecen inexplicables. Sin embargo, se hacen comprensibles si se considera que la Revolución Francesa, constituyendo una nueva religión, debía obedecer a las leyes de propagación de todas las creencias. Sus furores y sus hecatombes se hacen entonces perfectamente inteligibles.*

Gustave Le Bon<sup>1</sup>

Gianfranco Pasquino define el término revolución como “la tentativa, acompañada del uso de la violencia, de derribar a las autoridades políticas existentes y sustituirlas con el fin de efectuar profundos cambios en las relaciones políticas, en el ordenamiento jurídico-constitucional y en la esfera socioeconómica”<sup>2</sup>.

Aunque podrían hacerse elucubraciones interminables acerca de qué significa a su vez en este contexto el término *tentativa*, o cuáles deberán ser las cualidades de las nuevas autoridades políticas revolucionarias, o si los profundos cambios mencionados tendrán que estar dirigidos necesariamente a ampliar la esfera de derechos y libertades; más allá de esas reflexiones, llama la atención el papel que juega la violencia en el desencadenamiento y en la consolidación de los procesos revolucionarios.

La Revolución Francesa (1789-1799) es, a lo mejor, el hecho histórico que abre el debate acerca de la necesidad o no de la violencia revolucionaria. Esto se explica, primero, porque un instrumento de muerte —la guillotina— se convirtió, de manera paradójica, en un símbolo de la lucha por la libertad; segundo, porque algunos actos sangrientos llevados a cabo de manera individual (Charlotte Corday asesina a Marat, julio de 1793) o colectiva (las mujeres se toman Versalles, octubre de 1789) erigieron a la violencia como protagonista, ya que determinaron el rumbo de los acontecimientos; tercero, porque, precisamente, la participación decidida y violenta del pueblo de París en los sucesos iniciales (toma de La Bastilla, 14 de julio de 1789) originó que una desesperanzadora rebelión nobiliaria se convirtiera de manera inesperada en la primera revolución de masas de la historia; cuarto, porque se instauró un organismo, denominado Comité de Salud Pública, encargado de reprimir las actividades contrarrevolucionarias esgrimiendo la pena de muerte como sanción más expedita (el terror, junio de 1793-julio de 1794); y, quinto, porque la nueva élite utilizó la violencia popular en beneficio propio hasta consolidar su poder bajo la forma de República, luego de lo cual la violencia fue institucionalizada y ejercida en contra de ese mismo pueblo que no se sintió recogido dentro de las conquistas de los burgueses.

Es aquí justamente donde la discusión adquiere su cariz más controversial, ya que a la violencia legal-institucional-estatal, se opuso la violencia ilegal-irregular-popular, sin que pueda asegurarse que la primera, por el solo hecho de ser monopolio del Estado, haya sido menos aterradorante. Aunque estas cuestiones están a la orden del día —más aún en un país en conflicto como Colombia—, es válido aclarar que el presente análisis se circunscribe al caso revolucionario francés de la última década del siglo XVIII y que no pretende justificar ni condenar ninguno de los acontecimientos desarrollados allí, a pesar de su influencia innegable sobre la mayoría de países de la tierra.

Tomaremos tres casos paradigmáticos de la Revolución Francesa en los que se ejerció la violencia de manera colectiva, y a continuación hablaremos de las condiciones de violencia en las que debía sobrevivir, a su vez, el pueblo francés, con el ánimo de acercarnos a la comprensión de por qué tanta ferocidad revolucionaria.

### **La toma de La Bastilla y la muerte del gobernador Launay**

El 12 de julio de 1789 el ministro Jacques Necker, bastante popular entre los parisinos, entre otras cosas por su planteamiento acerca de la necesidad de gravar con el pago de impuestos al clero y a la nobleza (Primer y Segundo Estados, respectivamente) para poder salvar las finanzas públicas, fue destituido por el rey Luis XVI, quien nombró en reemplazo suyo al retrógrado barón de Breteuil. Al parecer, este acto del rey fue interpretado por el pueblo (Tercer Estado) como una medida reaccionaria, que sería sólo la antesala de una represión más fuerte. Por esta razón, los hombres y mujeres de la capital francesa llevaron a cabo una serie de acciones con el objeto de obtener pólvora y fusiles, de las cuales la toma de La Bastilla fue la más espectacular y significativa, pero de ninguna manera la única. Su principal objetivo no era liberar a los siete presos que allí se encontraban, sino proveerse de artillería y, de esta manera, comenzar a recaudar material para su propia panoplia.

Defendían la fortaleza ochenta inválidos y treinta suizos. Apostados desde las torres, disparaban a discreción intentando disuadir a los miles de hombres y mujeres que

poco a poco se arremolinaban alrededor de la prisión. Pero cuando dos pelotones de infantería y algunos burgueses, que arrastraron hasta su portón principal cinco cañones de artillería, se sumaron a los insurrectos, el gobernador de La Bastilla, Bernard-René Jordan de Launay, no tuvo otra opción que capitular: ordenó a su tropa que bajara el puente levadizo y cedió a las exigencias del pueblo que ingresó a la cárcel y se apoderó de miles de armas y de toneladas de pólvora.

Sin embargo, la jornada no concluyó con esto. Los revolucionarios, después de acribillar a los soldados que custodiaban La Bastilla, comenzaron a demoler la prisión, con tal energía que hasta sus pies, manos y dientes, fueron empleados en ello. El gobernador Launay solicitó desesperadamente que se le respetara la vida, pero mientras era trasladado al Hotel de Ville para ser juzgado, el pueblo, al ver por el suelo a cerca de un centenar de compañeros muertos, y a otros tantos heridos, debido al fuego hecho por la guardia, comenzó a asestarle fuertes golpes por la espalda y a lastimarlo con las puntas de incontables cuchillos. Cuando cayó muerto, el cuerpo recibió tal descarga de piedras que prácticamente todos sus huesos fueron pulverizados. Un habitante del barrio de Saint-Antoine “tan cerca de él se encontraba que, al verle caer, animándose de pronto, puso su pie sobre el cuello del muerto y con su afilado cuchillo le cortó la cabeza”; luego le clavaron una pica, y la cabeza fue paseada por las calles en medio de una procesión delirante que danzaba y cantaba. Se inauguraba de esta manera la forma de intimidación más macabra de la Revolución Francesa y se sellaba también la primera victoria del pueblo frente a la monarquía. Durante los días siguientes los muros de La Bastilla llovieron sobre París.

### **Las entrañas de la princesa de Lamballe**

La muerte de María Teresa de Saboya-Carignan, más conocida como la princesa de Lamballe por el apellido que adoptara de su esposo Luis Alejandro de Borbón descendiente de Luis XIV, se convirtió para la reacción en prueba incontrovertible de todo lo perverso que podían llegar a hacer los revolucionarios. La destrucción brutal de su belleza se convirtió en un símbolo para la contrarrevolución.

La amistad de la princesa de Lamballe y María Antonieta de Austria inicia casi concomitantemente con el matrimonio entre esta última y Luis XVI en 1770. Cuando estalla la Revolución y, de manera más precisa, cuando la familia real es obligada por las mujeres y por los sans-culottes a trasladarse de Versalles a las Tullerías en octubre de 1789, la unión entre la reina y la princesa se fortalece aún más.

En junio de 1791 Luis XVI pone en marcha un plan para huir con su familia, pero son detenidos en Varennes casi a punto de llegar a territorio austriaco. La princesa de Lamballe logra escapar y se refugia en Inglaterra desde donde continúa comunicándose con su gran amiga María Antonieta. Se le informa a la princesa que el fervor revolucionario se encuentra en su punto más alto, lo que ha derivado en la persecución y ejecución de miembros de la nobleza y del clero, pero, a pesar de estas advertencias, la hermosa aristócrata decide volver al palacio de las Tullerías a finales de ese mismo año.

La declaración de guerra que las potencias europeas le hicieron a Francia a mediados de 1792 generó en el pueblo sentimientos muy distintos del miedo y del sometimiento. La leva en masa fue decretada y miles se alistaron en el “ejército de la libertad”; el pueblo debía defender la Revolución de las conjuras de sus enemigos, a quienes veían representados en la imagen de la familia real. La muchedumbre invade las Tullerías el 10 de agosto, destrona a la monarquía y conduce a los Borbón a la torre del Temple donde son reclusos, mientras que la princesa de Lamballe es llevada a la prisión de La Force.

A comienzos del mes de septiembre el pueblo asalta las prisiones con el firme propósito de exterminar a los contrarrevolucionarios presos y hace de la princesa de Lamballe una de sus víctimas. Cuando la multitud se da cuenta de que tiene entre sus manos a una integrante de la realeza, vierte sobre ella toda la ira que contenía: descargan sobre su nuca un estacazo que la hace desvanecer, después de esto le

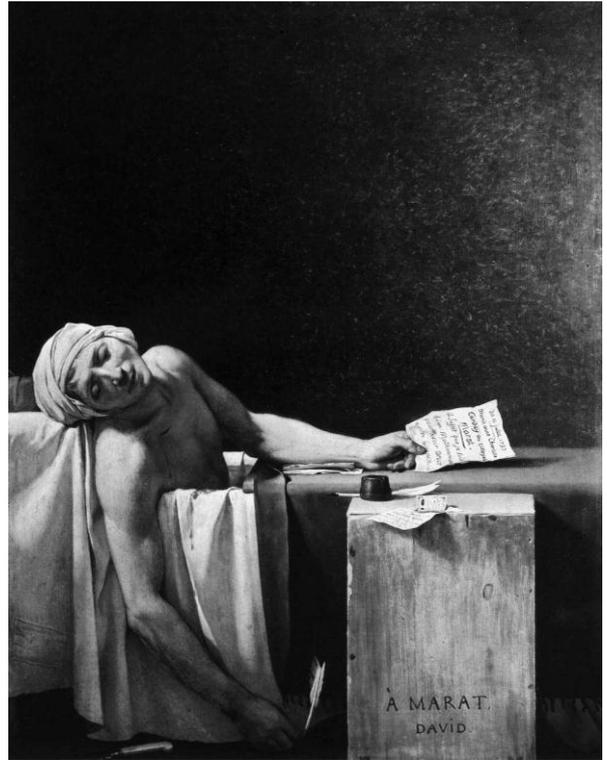
cortan la cabeza con un cuchillo de carnicería. Se expone su cadáver decapitado y la masa se lanza sobre él; uno le corta los senos y el pubis haciéndose un bigote con sus partes sexuales; otro remoja en su sangre el pan que está comiendo; éste le arranca el corazón y lo muerde; aquel abre su vientre con un puñal, extrae sus entrañas y las usa como cinturón; aquí la desuellan y juegan a golpearse con su piel; allá la descuartizan, se reparten trozos sanguinolentos de su cuerpo y cargan un cañón con sus extremidades; acullá toman su cabeza, la lavan, peinan y maquillan, después la ponen en una pica y la pasean por las ventanas de la habitación donde se encuentra reclusa María Antonieta. La ex-reina no resiste ver aquella escena. Se desmaya. ¡En Francia ya no había aire para la realeza!<sup>3</sup>

### **La gran masacre de curas**

Son muchos los sitios donde fueron asesinados los sacerdotes y monjas que se negaron a acatar las novedades que trajo consigo la Revolución Francesa en materia económica, política y religiosa. Sin embargo, dos de esos lugares pasaron a la historia porque allí, durante septiembre de 1792, se realizaron actos realmente espeluznantes. Tales son, el convento de Les Carmes y el río Loira.

Cuando comenzó a correr el rumor por toda Francia de que los presos intentaban escapar de las cárceles con la pretensión de controlar a París hasta que austriacos, prusianos e ingleses se tomaran la capital, los sans-culottes, convencidos de que de ellos dependía salvar la Revolución, se tomaron las prisiones y pasaron a cuchillo entre 1.100 y 1.400 presos, muchos de ellos miembros del clero<sup>4</sup>. El pueblo se dirigió al convento de carmelitas conocido como Les Carmes, donde masacran a los 150 curas presos allí, a golpes de picas, puñales, hachas y palas.

Las aguas de los ríos también se tiñeron de sangre, sobre todo las del Loira, pues allí se celebraron unos ritos nefarios denominados “matrimonios republicanos”. En la ciudad de Nantes los condenados a muerte eran obligados a subir a unas balsas que permanecían cerca de la orilla, y cuyo centro era una especie de bañera que permitía el ingreso del agua. Los prisioneros eran sumergidos hasta que se ahogaban. Después eran rematados a punta de bayoneta. Alfonso de Lamartine, en su libro *Historia de los Girondinos*, describe la escena de la siguiente manera:



Jacques-Louis David, *La muerte de Jean-Paul Marat*, óleo sobre lienzo, 162x168cm, 1793, Museo Real de Bellas Artes de Bruselas

*Hacían subir sobre cubierta parejas de víctimas de distinto sexo. Los despojaban de sus vestidos y los ataban dando frente uno con otro, un sacerdote con una religiosa, un joven con una muchacha; se les suspendía desnudos como estaban y entrelazados por una cuerda que les pasaba por debajo de los sobacos, a una polea del buque precipitándolos por fin al río Loira. Era una parodia del matrimonio en la muerte y a esto se le daba el nombre de casamientos republicanos<sup>5</sup>.*

### **La semilla de la violencia se había sembrado antes de la Revolución**

El pueblo de París atacó La Bastilla, no sólo porque allí se encontraba gran cantidad de munición, sino que además la demolió porque aquella prisión representaba el poder punitivo de la monarquía; la princesa de Lamballe fue muerta de manera tan atroz porque encarnaba el desprecio hacia la nobleza; y los curas fueron atormentados por ser miembros de una institución aborrecida: la iglesia católica. “En época de revolución, nada tiene más fuerza que la caída de los símbolos”, sentenció Eric J. Hobsbawm.

Sin entrar en un análisis exhaustivo de todos los abusos que el Antiguo Régimen cometía contra el pueblo, intentaré simplemente describir algunas de las razones que, tal vez, llevaron a los franceses a reaccionar violentamente contra quienes ellos consideraban sus peores enemigos.

### **Contra la potestad punitiva del monarca**

En la Francia del siglo XVIII era fácil ser detenido y encerrado en prisión sin haber sido sometido a juicio. Las famosas *lettres de cachet* o cartas selladas, eran órdenes de aprehensión en blanco que el rey firmaba a petición de algún áulico suyo, para que éste escribiera después en ellas el nombre de quienes quisiera enviar a prisión por unos cuantos días o... ¡por toda la vida! La policía tenía la obligación de cumplir la orden inmediatamente.

Los conventos también eran utilizados como cárceles ya que desde Luis XIV todas las prisiones de Estado fueron “administradas” por los jesuitas. Allí fueron torturados con instrumentos de suplicio ladrones y contradictores de la monarquía, pero sobre todo protestantes y jansenistas. La prisión se utilizó para coartar las concepciones religiosas distintas a la católica. Todos los procedimientos de terror eran utilizados contra los presos, en especial el encierro subterráneo del que se salía con las orejas y narices roídas por las ratas. Aquellos prisioneros que morían en cautiverio eran enterrados con nombres falsos en las iglesias. Sin embargo, La Bastilla era, entre todas las cárceles, la más aborrecida ya que era, por antonomasia, el símbolo del poder punitivo de la monarquía<sup>6</sup>.

### **Contra la nobleza**

La nobleza más cercana al rey, es decir, la sociedad cortesana generaba entre el pueblo francés un inmenso odio por múltiples motivos, entre los que se encontraban el excesivo cobro de impuestos a los burgueses y la expoliación a los bienes de los sectores más pobres de la población. Pero, en especial, suscitaba todos los rencores en los años previos a la Revolución porque, a pesar de que el país sufría una fuerte

recesión económica debido a la mala administración de las finanzas públicas y a que se padecía una época de hambre a raíz del crudo invierno y de la especulación sobre la harina, la nobleza jamás disminuyó sus gastos ni aminoró sus privilegios.

En Versalles todo príncipe o princesa tenía su capilla particular. No era bien visto que los capellanes que les decían misa cada mañana fueran prestados. La servidumbre del duque de Orleans, primo del rey, constaba de 274 cargos; la de las tías del rey, de 210; 68 la de madame Elisabeth, hermana del rey; 239 la de la condesa de Artois, cuñada del rey; la reina María Antonieta tenía 496 sirvientes. A su vez, Luis XVI contaba con 198 personas para su servicio personal: Tenía funcionarios para traer el mazo y las bolas del juego de mallo, para tenerle la capa y el bastón, para peinarlo y enjugarle después del baño, para cuidar los galgos de su recámara, para plegarle, ponerle y anudarle la corbata, para llevarle y traerle su silla horadada. Además tenía una docena de castillos, siendo los más famosos el de Versalles, el Marly, los dos Trianon, la Muda, el Meudon, el Chisy, el San Huberto, el San Germán, el Fontainebleau, sin contar el Louvre y las Tullerías, todos ellos con sus territorios de caza, jardineros, administradores, cocineros, guardas y limpiadores. Además, entre otros gustos, Luis XVI había heredado de sus antepasados el amor por los paseos campestres, y por eso poseía 1.857 caballos, 217 carruajes y 1.458 hombres encargados del cuidado y mantenimiento de los animales y de los coches. No es necesario hablar acerca del menú que se ofrecía diariamente en la corte francesa; su sola lectura podría indigestarnos. Pero el pueblo francés de 1789 se moría de hambre<sup>7</sup>.

### **Contra el clero**

Gracias a los escritos de Voltaire, Diderot o de D'Alambert, la crítica religiosa era común en las grandes ciudades de Francia. Los miembros del clero eran vistos como los usurpadores de una doctrina cristiana genuina fundada en la austeridad y en la humildad. Sumado al boato y al lujo propio de la iglesia católica francesa, estaba su participación en la persecución y matanza de albigenses y valdenses, de hugonotes y

de calvinistas. Al respecto, y teniendo en cuenta las acusaciones que se dirigieron contra los ejecutores de las matanzas de curas, Jules Michelet se pregunta:

*¿Qué son los seis mil guillotizados del Terror, delante de los millones de hombres ahogados, colgados, descuartizados, de los montones de carne quemada que la Inquisición alzó hasta el cielo? Sólo la Inquisición de España hace constar en un monumento auténtico que quemó en dieciséis años a veinte mil hombres (...) La historia dirá que la Revolución, en su momento feroz, implacable, temió agravar la muerte, endulzó el suplicio, prescindió en la ejecución de la mano del hombre e inventó una máquina para abreviar el dolor. Y dirá también que la Iglesia en la Edad Media fue fecunda en invenciones para aumentar el sufrimiento, para hacerlo más doloroso y penetrante; que encontró escogidos procedimientos de tortura, medios ingeniosos para hacer que, sin morir, se saboreara largo tiempo la muerte<sup>8</sup>.*

## Conclusión

La Revolución Francesa se granjeó rápidamente la animadversión de las grandes potencias europeas, temerosas de que las ideas de Igualdad, Libertad y Fraternidad encontraran terreno fértil en sus propios pueblos: Inglaterra, España, Prusia, Austria, Rusia, Holanda, los reinos italianos y el Vaticano se unieron en diferentes momentos en contra de Francia y se relevaron la vanguardia contrarrevolucionaria a partir de lo que las circunstancias les iban recomendando... ¡Francia estaba en guerra, prácticamente, contra toda Europa! Además, dentro del propio territorio francés, los habitantes de La Vendée y el movimiento campesino conocido como Los Chuanes combatieron a sangre y fuego la implantación de los nuevos principios. Esto sin mencionar a los nobles y clérigos que, ocultos, conspiraban y azuzaban a aquellos sectores de la población más místicos en contra de esa Revolución sacrílega que había decapitado nada más y nada menos que a un ungido de Dios, al rey Luis XVI. Era evidente que la victoria sobre la contrarrevolución exterior dependía de la victoria sobre la contrarrevolución interna. De ahí las ejecuciones de princesas y monjas, de nobles y sacerdotes católicos.

Para los historiadores de corte conservador, durante la Revolución Francesa todo es aceptable, menos la violencia. Sin embargo, ninguno censura las diferentes violencias que la monarquía y la aristocracia aplicaron durante siglos sobre el Tercer Estado, ni los cientos de crímenes cometidos en las colonias bajo el sistema esclavista.

Muchos insurrectos creyeron que si no reaccionaban con fiereza contra el Antiguo Régimen se iba a consolidar la violencia establecida. Decidieron entonces entrar en el juego de la violencia a riesgo de permanecer en ella, y trocar así su carácter de simple medio, por el de fin en sí mismo. Por eso algunos revolucionarios, sobre todo miembros de la burguesía, la ejercieron no para conquistar el bienestar para la mayoría de la población, sino para satisfacer sus deseos de venganza y materializar su resentimiento. Prueba de ello es que una vez la burguesía conquistó la posición privilegiada y le arrebató el dominio político a la nobleza, se distanció de las masas y comenzó a perseguir a los líderes populares más influyentes, quienes propendían, no a una igualdad formal ante la ley, sino a una verdadera igualdad material. Las muertes de Graco Babeuf, Jacques Roux y Jacques René Hébert convalidan esta afirmación.

Finalmente, y como corolario de este escueto e inacabado escrito, es claro que los franceses iniciaron en julio de 1789 la construcción de una nueva sociedad —y se convirtieron en revolucionarios— porque conjugaron las ideas liberadoras de la Ilustración con la decisión de desarrollar acciones directas contra el régimen absolutista como resultado de la indignación que les generaba la situación de miseria y exclusión en las que debían sobrevivir.

La Revolución, a pesar de sus excesos y ritos sangrientos, no inició la violencia. Ésta ya venía exhibiendo su macabro rostro desde el Antiguo Régimen.

#### Notas

<sup>1</sup> LE BON, Gustave, *La Revolución Francesa y la psicología de las revoluciones*, Santiago de Chile, Editorial Chile, 1939, p. 36.

<sup>2</sup> PASQUINO, Gianfranco, "Revolución", en BOBBIO, Norberto y MATTEUCI, Nicola, *Diccionario de política*, Madrid, Editorial Siglo XXI, 1979.

<sup>3</sup> CABANES, Augustin y NASS, Lucien, *La neurosis revolucionaria*, Madrid, Ediciones Mercurio, 1927, pp. 105-123.

<sup>4</sup> HAMPSON, Norman, *Historia social de la Revolución Francesa*, Madrid, Alianza Editorial, 1970, p. 78.

<sup>5</sup> LAMARTINE, Alfonso, *Historia de los Girondinos*, Buenos Aires, Editorial Juventud, 1945, p. 188.

<sup>6</sup> MICHELET, Jules, *Historia de la Revolución Francesa*, Buenos Aires, Editorial Plaza y Janés, 1963, pp. 180-203.

<sup>7</sup> TAINE, Hipólito, *Los orígenes de la Francia contemporánea: el Antiguo Régimen*, Madrid, Ediciones Orbis, 1986, p. 24.

<sup>8</sup> MICHELET, Jules, Op. Cit.

**Sergio Andrés Giraldo Galeano.** Docente de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Antioquia. Coordinador de las Jornadas Conmemorativas de los 220 años de la Revolución Francesa en la misma Universidad.



Jornadas Conmemorativas,  
220 años de la Revolución  
Francesa,  
Universidad de Antioquia.